

**AGOSTO 2012**

## **La historia diplomática del Japón 1853-1945**

*Por Masashi Mizukami  
Embajador de Japón*

En primer lugar, quisiera agradecerles su gentil invitación a esta reunión de los profesionales de la diplomacia y la política exterior. Sepan que me honra en alto grado poder dirigirles unas palabras. Cuando el Ex Embajador de la República Argentina en Japón, Don José Ramón Sanchís Muñoz, me habló sobre esta posibilidad, enseguida me puse a pensar en cuál sería el tema más interesante para tratar. Pensé que temas convencionales, tales como la superficie o la población de Japón, no serían de mucho interés para ustedes.

Así que al final me decidí por un tema bastante más específico que es la historia de la política exterior japonesa, con especial énfasis en los errores de nuestro país en materia de estrategia diplomática en el siglo pasado.

Antes de entrar en el tema sobre el que vine a hablarles, permítanme presentarme brevemente. A fines de febrero llegué a Buenos Aires por segunda vez. La primera vez que estuve aquí fue entre 1988 y 1991, como Primer Secretario de Embajada, mi primer destino en el extranjero. De regreso en Japón, en varias oportunidades me tocó trabajar con los países latinoamericanos en la Cancillería y al momento de venir aquí esta segunda vez ocupaba el puesto de Director General de América Latina y el Caribe. En fin, desde que vine por primera vez he mantenido una relación profunda con la Argentina. Sin embargo, ahora que estoy de vuelta, me impresiona que algunas cosas hayan cambiado tanto en estos 25 años y que otras cosas no hayan cambiado nada. Siempre me gustó la vida en Buenos Aires más allá del especial aprecio que siento por esta ciudad, por haber sido mi primer destino diplomático. De modo que me siento feliz y honrado de haber vuelto, esta vez como Embajador, y tengo la esperanza de poder aportar mi

\* Disertación del Embajador del Japón ante el Comité de Asuntos Asiáticos, 2 de agosto de 2012

granito de arena para reforzar la histórica relación bilateral que une a nuestros pueblos en el ámbito cultural y para propulsar la relación en los aspectos económico y comercial.

Ahora sí, entraré de lleno a hablarles sobre algunas experiencias de Japón en sus relaciones con los países extranjeros en la historia moderna japonesa de los últimos 150 años, las que creo que nos han dejado algunas lecciones de las que podemos aprender.

Como ustedes saben, el año 1853 marca un punto de inflexión en la historia de Japón. Fue cuando mi país puso fin a la política de aislamiento nacional que había mantenido desde 1639 y abrió sus puertas al mundo.

Quisiera explicarles brevemente por qué en 1639 Japón adoptó la política de aislamiento nacional. Esto ocurrió para defender a mi país de la influencia del Cristianismo. El Cristianismo llegó a Japón en 1549 junto con otros cuantos atractivos de Europa que van desde los dulces hasta los fusiles. Al principio, Japón no tuvo ninguna dificultad en aceptar las novedades que llegaban de Europa pero cuando el Cristianismo se comenzó a difundir rápidamente entre los señores feudales (daimyos) que gobernaban los territorios, como en la actualidad lo hacen los gobernadores, el Shogun, que detentaba el máximo poder político de Japón, empezó a

entender que el Cristianismo era peligroso para lograr un Japón unificado bajo su autoridad, de modo que lo erradicó, obligando a todos los japoneses a renunciar a él.

Regresemos a 1853 y permítanme contarles cómo era Japón entonces. La imagen que se tenía de él no era la de hoy, en la que se lo asocia con marcas líderes mundiales como Toyota o Sony, sino que era considerado uno de los países más pequeños de Extremo Oriente, con poca presencia e importancia en la región y en el mundo.

En 1853, el capitán de escuadra estadounidense Mathew Perry llegó a las costas del Japón en procura de agua y alimentos para la tripulación de sus buques que, irónicamente, eran balleneros. El capitán Perry amenazó al gobierno japonés con ataques bélicos si no aceptaba una carta del Presidente de los Estados Unidos en la que se instaba a la apertura de Japón. En estas circunstancias, el Poder Ejecutivo de Japón tenía dos alternativas: resistirse a las exigencias de Perry o aceptarlas. La situación era muy clara: la disyuntiva enfrentaba a los cañones de Perry contra las pistolas japonesas. De modo que Japón tomó la decisión de aceptar las exigencias de Perry y procedió a la firma de un Tratado de Paz y

Amistad con Estados Unidos en 1854. Luego, firmó tratados similares con otros cuatro países: el Reino Unido, Francia, Rusia y Holanda. Estos tratados reflejaban una desigualdad de tratamiento entre las potencias y Japón, permitiendo a las primeras gozar de “jurisdicción extraterritorial”. Hasta cierto punto, esto resulta comprensible. Era natural que las potencias de entonces no pudieran dejar a sus ciudadanos en manos de jueces japoneses, aún cuando aquellos hubieran cometido un delito. Japón no había experimentado la Revolución Francesa y no había consagrado constitucionalmente una serie de derechos y libertades de los individuos frente al estado.

Sin embargo, Japón no era un país desconocedor de las libertades individuales. De hecho, contaba con una administración política y de justicia avanzadas y con un óptimo funcionamiento de su sistema social. Prueba de ello es que durante más de 200 años previos a 1853 no había sufrido guerras ni internas ni externas. Además, estoy seguro de que estos cinco países tenían la intención de convertir a Japón en su colonia o en algo similar. Japón sabía lo que estaba ocurriendo con China y tenía una fuerte voluntad de no convertirse en colonia de nadie. De hecho, creo que, al dejar atrás la política de aislamiento nacional, el primer objetivo de la

política exterior de Japón fue no convertirse en colonia. La acción de Perry debilitó al gobierno de Tokugawa y condujo al cambio de gobierno en Japón. Así, con la Restauración de Meiji, comenzó nuestra lucha diplomática contra Estados Unidos y Europa para no convertirnos en colonia y conseguir la igualdad con las potencias.

El Gobierno de Meiji tenía varios propósitos. El primero era transformar a Japón en un país fuerte militarmente para, por un lado, evitar que se convirtiera en colonia y, por otro, lograr que obtuviera el reconocimiento como miembro pleno de la comunidad internacional. El segundo era lograr su crecimiento económico, sobre la base del avance del nivel educativo, etc.

Para lograr estos dos propósitos de desarrollo de su capacidad militar y económica, Japón debía importar tecnología, conocimientos y experiencia. Con este motivo, Japón envió numerosos estudiantes japoneses a Europa y, al mismo tiempo, recibió a varios maestros provenientes de Europa. Y todo lo hizo por su propia cuenta, ya que en aquel momento no existía el concepto de asistencia oficial al desarrollo (ODA). A título de ejemplo, algunos profesores extranjeros en Japón llegaron a cobrar sueldos mayores que los que cobraba el

propio jefe de estado de Japón.

Existe un tercer propósito que se vincula con la adaptación de su sistema político al de los países europeos, lo que se plasmó en la adopción de la Constitución del Imperio del Japón de 1890, en el entendimiento de que la participación del Pueblo aportaría unidad nacional, enaltecendo el poder de la nación.

Teniendo en cuenta estos tres pilares de modernización, en 1894 Japón entró en guerra con China. Las potencias europeas pensaban que China era un país frágil pero vasto y capaz, mientras que Japón era tan sólo un recién llegado. De modo que apostaban al triunfo de China. Sin embargo, para sorpresa del mundo, Japón venció a la última de las dinastías imperiales chinas, la dinastía Qing, y el mundo empezó a pensar que Japón tenía la capacidad de transformarse en una potencia. Al mismo tiempo, el resultado de esta guerra preocupó en gran medida a algunos países de modo que los países que no habían participado en ella, como Rusia, Alemania y Francia, buscaron evitar el surgimiento de Japón y lo amenazaron con declararle la guerra si no renunciaba a algunos de los territorios ganados a China. Japón había agotado su capacidad militar y no podía entrar en una nueva guerra con ellos, por lo que renunció a algunas de sus conquistas

territoriales. Ésta fue una lección importante para Japón, en la que aprendió que en el mundo no basta sólo con tener poder militar sino que es necesario saber usarlo.

En este contexto en el que Rusia, Francia y Alemania querían impedir la expansión de Japón, éste necesitaba un país aliado. El Reino Unido tenía un conflicto con Rusia en China y Alemania estaba aliada con Rusia. De modo que el Reino Unido ya no tenía capacidad de controlar solo a China. Bajo estas circunstancias, el Reino Unido y Japón firmaron la Alianza Anglo-japonesa en 1902, que le dio a Japón el respaldo que necesitaba para declararle la guerra a Rusia en 1904. Una vez más, el mundo esperaba que Japón perdiera la guerra. Sin embargo, su alianza con el Reino Unido le permitió ganarla. Por ejemplo, la fragata rusa *Baltic*, que estaba en el Mar Báltico, necesitaba llegar al Mar del Japón en el menor tiempo posible para participar en la guerra contra Japón. Pero el Reino Unido, aliado de Japón, le prohibió a la fragata rusa el paso por el Canal de Suez por lo que la fragata debió hacer la circunvalación por el sur de África. Además, el Reino Unido le prohibió a la fragata la entrada a todos los puertos del Commonwealth en Asia y África. En fin, cuando la flota imperial rusa llegó al

Mar del Japón ya prácticamente no le quedaba potencial para combatir y Rusia perdió la guerra. No puedo dejar de mencionar la invaluable ayuda que la Argentina le brindó a mi país en esta guerra a través de la cesión de los cruceros-acorazados Rivadavia y Moreno, cuya construcción se les había encargado a astilleros de Italia. Cabe destacar que la Argentina mantenía relaciones amistosas con Japón pero también con Rusia y que también esta última había expresado interés en la cesión y había efectuado gestiones ante las autoridades argentinas para conseguirla. Pero la Argentina decidió ayudar a Japón y los navíos se incorporaron formalmente a la Armada Japonesa, rebautizados como Nisshin y Kasuga. Quiero señalar que su actuación fue decisiva para la victoria de Japón en dicha guerra.

La comunidad internacional vio el crecimiento de Japón, por un lado, con cierta esperanza, pero por otro, con cierta preocupación, porque el nuevo actor internacional que estaba surgiendo podía llegar a romper el equilibrio de poder imperante en la época.

De todos modos, aunque formalmente resultó vencedor, creo que Japón en realidad no ganó la guerra contra Rusia sino que ésta cayó por su propio peso, ya que el régimen imperial ruso estaba en franca decadencia, como lo

demonstraría la revolución que tendría lugar 12 años después dando origen a la Unión Soviética.

El problema es que el gobierno de Japón tenía que exagerar el triunfo de Japón porque esas dos guerras se habían cobrado la vida de muchos japoneses. Frente a las familias de las víctimas y a los ciudadanos japoneses en general, el gobierno se vio obligado a exagerar cuanto pudo su fortaleza, no por ser populista sino para justificar las muertes. Por eso, la mayoría de los japoneses no pudo advertir la verdadera situación y creyó que Japón realmente había vencido por sus propios méritos. De este modo, al priorizar la opinión pública sobre la realidad, Japón cometió un grave error.

Diez años después estalló la Primera Guerra Mundial. Japón participó como aliado del Reino Unido y resultó victorioso, convirtiéndose en miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Sociedad de las Naciones junto con Francia, Italia y el propio Reino Unido. Cabe destacar que poco antes de estallar la Guerra Mundial, Japón se había anexo a Corea. En estas circunstancias, Japón llegó a ser considerado una potencia. Sin embargo, Japón no tenía conciencia de que ser una potencia significa tener derechos

pero también obligaciones que cumplir. Tampoco entendió Japón el giro que estaba dando la historia.

Japón todavía creía que teniendo alguna posesión territorial equivalente a las colonias de los países europeos tendría mayor poder. Pero la época había cambiado y mantener colonias de ultramar ya no era considerado propio de una potencia. Sin embargo Japón, recién llegado al concierto de las naciones, no pudo entender esto. Éste fue otro grave error de cálculo de Japón.

En estas circunstancias, a Estados Unidos le preocupaba la expansión de Japón en el Pacífico y, sobre todo, que pudiera avanzar sobre sus propios intereses en Filipinas o Hawaii. Su interés era negociar con Japón para lograr un equilibrio en la región pero para eso la alianza anglo-japonesa representaba un obstáculo. Entonces, con el argumento de que Japón era un país que tenía peso propio en la región en virtud de su status de potencia, logró que Japón pusiera fin a su alianza con el Reino Unido y quedara en un pie de igualdad (en términos teóricos) con el Reino Unido, Francia y el propio Estados Unidos. Ésta fue una gran estrategia de Estados Unidos, que supo aprovechar el hecho de que la habilidad de los diplomáticos japoneses no era la de los diplomáticos de los países veteranos. Así,

Japón perdió el respaldo del Reino Unido, que era fundamental para mantener su práctica colonialista en la región. Entonces, Japón no fundó una colonia sino un estado independiente, Manchuria, que en realidad funcionaba como un protectorado japonés. Pero el mundo no vio con buenos ojos la creación de este “estado” porque ya no era una época en la que la posesión de colonias de ultramar fuera un valor. Sin embargo, Japón pensaba que el Reino Unido, por ejemplo, tenía con Hong Kong una relación similar a la que se tiene con una colonia. Y entonces no podía entender por qué el propio Japón no podía tener un vínculo similar.

En este contexto, la Sociedad de las Naciones llevó adelante una investigación para evaluar la viabilidad de la independencia del estado de Manchuria y la legitimidad de la administración japonesa y en definitiva se pronunció en contra de la independencia de Manchuria, o sea, de los intereses de Japón. Entonces, Japón decidió retirarse de esta organización internacional y en adelante ya no tuvo posibilidad de explicar su posición ni de hacerse valer en un foro internacional. Y así comenzó su caída hacia el desastre de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora pienso que hasta cierto punto la actitud



de Japón resulta entendible pero, teniendo en cuenta el nuevo giro que estaba dando el mundo, debo decir que Japón no tuvo sentido de la historia. Y esto constituyó un grave error de su política exterior.

Como sabemos, el conflicto en Europa se expandió y en 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, en la que Japón se alió a Italia y Alemania. Sin embargo, Japón no participó en el campo de batalla en territorio europeo. Sólo contuvo el avance de Rusia sobre su territorio. En diciembre de 1941, Japón entró en la Guerra, lo que lo conduciría a las tragedias de Hiroshima y Nagasaki. Lo que quiero resaltar es que hace 80 años Japón tomó y ejecutó una decisión que creyó acertada (la de retirarse de la Sociedad de las Naciones), decisión que, en definitiva, lo condujo a sufrir una tragedia espantosa. Japón podría haber alcanzado otro resultado si en 1933 hubiera permanecido pacientemente en la Sociedad de las Naciones, en lugar de tomar una decisión precipitada y abrupta.

El fin de la guerra significó un nuevo giro en la política de Japón y en 1947 se redactó una nueva constitución. Su artículo 9 consagra la renuncia a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio de resolver conflictos internacionales, prohibiéndole a Japón disponer

ni de fuerzas armadas terrestres, marítimas y aéreas, ni de ningún otro tipo de potencial bélico. Por supuesto, queda a salvo el derecho a la propia defensa que es inherente a todo estado como tal. Esta prohibición le permitió a Japón destinar todos los recursos humanos y materiales con que contaba a la recuperación económica del país. Mientras que las otras potencias continuaron invirtiendo partes importantes de su presupuesto en armamentos, el gasto militar de Japón fue nulo.

En fin, les he hablado como Embajador de Japón en la Argentina sobre la historia de las relaciones exteriores de Japón en los últimos 150 años, enfocándome, sobre todo, en algunos errores de nuestra historia, de los cuales aprendimos. Me complace mucho haber podido compartir mi punto de vista con todos ustedes, colegas especialistas de la diplomacia, y mi deseo sincero es que puedan tomar lo que les he contado como una humilde lección de mi pequeño y lejano país.

Muchas gracias por su atención.

Para citar este artículo:

Mizukami, Masashi (2012), "La historia diplomática del Japón 1853-1945" [disponible en línea desde agosto 2012], Serie de Artículos y Testimonios, N° 79. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at79.pdf>